

Los poetas chilenos están representados en esta interesante antología con los siguientes nombres y sonetos: Francisco Contreras: *Encanto de las lluvias*; Juan Guzmán Cruchaga: *Otoño*; Jerónimo Lagos Lisboa: *Senda de gracia*; Manuel Magallanes Moure: *Sobremesa alegre*; Roberto Meza Fuentes: *Canta mi corazón como una fuente*; Carlos Préndez Saldías: *Serrana y yo tenía el beso*; Pedro Sienna: *Esta vieja herida*; Gustavo Valledor Sánchez: *Juventud*. Todos éstos pertenecen a *Los líricos*. Entre los *festivos*: Ambrosio Montt: *Situación no envidiable*; Pedro Sienna: *Así se pasa la vida*; Víctor Domingo Silva: *Alas*. Entre los *filosóficos*: Ignacio Verdugo Cavada: *Pulvis erit*. Entre los *eglógicos*: Antonio Bórquez Solar: *Los carpinteros*; A. Mauret Caamaño: *De estío*; Julio Vicuña Cifuentes: *El asno*. Entre los *escépticos*: Guillermo Blest Gana: *Mirada retrospectiva*. Entre los *tradicionales*: Samuel A. Lillo: *El gaucho*. Entre los *místicos*: Luis Felipe Contardo: *Misterium sacrum*; Gabriela Mistral: *Al oído de Cristo*; Pablo Neruda: *Soneto*. Entre los *raros*: (i) Francisco Zapata Lillo: *Mirabeau*. Jerónimo Lagos Lisboa: *Apunte*; Eusebio Lillo: *El poeta y el vulgo*; David Perry: *Como un ciego*; Daniel de la Vega: *El pequeño universo*.

Faltan evidentemente muchos otros poetas chilenos que han contribuído con bellos sonetos a la riqueza del género. Pero la antología misma es un esfuerzo magnífico realizado con nobleza y conocimiento.

<https://doi.org/10.29393/At142-87ATCQ10087>

Las cenizas de Quiroga

Como es sabido, las cenizas de Horacio Quiroga, el gran escritor uruguayo, muerto en la pobreza y el abandono en Buenos Aires, fueron llevadas al Salto, su ciudad natal, donde quedaron depositadas en el cementerio en una urna de quebracho, que representa la cabeza del escritor y que talló el escultor Sthepan Erzia. El periodista argentino Romualdo Brughetti,

escribe lo siguiente que extractamos de un hermoso artículo: «Una recia cabeza tallada en algarrobo. El expresivo rostro de Horacio Quiroga, en silencio mira con la dulzura de sus ojos. Esta mirada es viva, penetrante, y va creciendo en asombro a medida que «el águila blanca», saltando sobre las jugosas armonías verdes de la campiña uruguaya avanza en el camino a Salto. En un rincón ahuecado del tronco de la selva virgen, las cenizas, «como un soplo leve y gris, resto efímero de la corporalidad, como dijera Alberto Gerchunoff, están dormidas en su pro piamúsica. De ahí que música y silencio, amigos de la soledad del gran escritor de *Anaconda* y *Más allá*, han vuelto a encontrarse en la suprema despedida». Y añade en otro acápite:

«La ciudad de los naranjales, fresca muchacha campesina, luce su encantos. Una sinfonía de colores, arco iris de belleza total se eleva desde todos los puntos que vibran con la autenticidad de un fervor logrado y el cortejo cruza las calles céntricas ante la devoción de ese pueblo que recibe al extraordinario narrador de América, para su gloria».

«Se inicia la marcha hacia el cementerio. Admira la recia cabeza de algarrobo, las callejas de ensueño que al borde de la medianoche, aun permanecen despiertas. Viene en el aire un fuerte olor a tierra recién mojada y el sabor agridulce de un grito queda dentro de las gargantas. Es la hora de los fantasmas y los hombres de las novelas, de los relatos y de las narraciones de Horacio Quiroga, llegan a la costa de esos navíos misteriosos, en oleajes rumorosos de agua de manantial a los ríos que desde el cielo dejara deslizar la mano de Dios, con su honda sugestión y secreto concierto. Se han dado cita convocados por la noche en la última noche en que el escritor va a contemplar las estrellas».

El poeta Fernández Moreno leyó en la ceremonia el epitafio a Horacio Quiroga:

«He aquí las cenizas, ¡oh Salto!, de tu hijo,
de ti salió y es justo y es natural que vuelva.
El corazón de un árbol ya es su eterno cobijo:
el silencio, la sombra y el pavor de la selva».

Un himno al árbol

Existe una Sociedad de Amigos del Arbol entre nosotros que tiene la misión de defender el árbol y estimular la reforestación de Chile. Es, como se ve, una sociedad generosa, digna de ser apoyada. Pues bien, esta sociedad ha llamado a los poetas de Chile a un concurso para un «Himno al Arbol». Las bases son las siguientes:

El himno debe tener un coro de cuatro versos decasílabos y tres o cuatro estrofas de versos de igual metro.

Los originales deben:

- a) Estar escritos a máquina.
- b) Firmados con seudónimo.
- c) En sobre adjunto y cerrado el nombre del autor.

El premio es de cuatrocientos pesos.

Se cierra el concurso el 30 de junio de 1937.

Los interesados deben dirigirse a la casilla 4109, de Santiago.

El jurado que dictaminará está compuesto por los señores Carlos Acuña, Roberto Meza Fuentes, Norberto Pinilla, Carlos Silva Figueroa y Francisco de Borja Echeverría.

La novela Trópico

El poeta Fermín Estrella Gutiérrez, director del periódico literario *Norte*, que se publica en Buenos Aires, periódico lleno en cada una de sus entregas, de interesantes y agudas observaciones literarias, acaba de publicar en las Ediciones de la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, una novela, *Trópico*, que es la primera que escribe el fino poeta autor de tan bellas notas